

# El patrimonio industrial: ¿el fin de una cultura compartida?

*INDUSTRIAL HERITAGE: THE END OF A SHARED CULTURE?*

*Gracia Dorel-Ferré\**

## *Resumen*

Los siglos de la industria crearon una verdadera cultura mundial, desde las Islas Británicas al mar del Japón, y del Atlántico al Pacífico. No obstante, al pasar al tercer milenio, caracterizada por la robotización, la miniaturización y el uso masivo de nuevas tecnologías como la informática en todas sus formas, como así también el uso sistemático de la mano de obra barata de países lejanos, la desindustrialización ha afectado la herencia industrial de forma desordenada, ocasionando algunas polémicas reconversiones y un número asombroso de abandonos y destrucciones. El resultado de esta política: una moneda con dos caras que no deja de ser insatisfactoria e inquietante. Arrasar una fábrica y su entorno es tan negativo

## *Abstract*

Centuries of industry created a truly global culture, from the British Isles to the Sea of Japan, and from the Atlantic to the Pacific. However, as we move into the third millennium, characterized by robotization, miniaturization and the massive use of new technologies such as information technology in all its forms, as well as the systematic use of cheap labor from distant countries, deindustrialization has affected the industrial heritage in a disorderly way, causing some controversial reconversions and a staggering number of abandonments and destructions. The result of this policy: a two-sided coin that is both unsatisfactory and disturbing. Razing a factory and its environment is as negative as transforming it into a cultural

---

\* Association pour le Patrimoine Industriel de Champagne-Ardenne (APIC). Rectorat l'Academie Reims. 1 rue Navier (51800), Reims, Francia. Dirección electrónica: [gracia.dorel@gmail.com].

como transformar dicha fabrica en centro cultural y olvidarse de su pasado. Una vez más, se plantea la pregunta apremiante sobre el patrimonio que pretendemos legar a las generaciones futuras.

*Palabras claves:* Patrimonio industrial; Reconversiones; Mundo del trabajo.

center and forgetting its past. Once again, the pressing question arises as to what heritage we intend to bequeath to future generations.

*Keywords:* Industrial heritage; Conversions; World of work.

Considerar el *patrimonio industrial* era impensable hace unas décadas atrás. Apenas unos pocos especialistas prestaban atención a las huellas dejadas por siglos de industria, incluso muchos se cuestionaban sobre la “la vergüenza de este patrimonio”,<sup>1</sup> algo que se tenía que borrar lo más pronto posible. Pero debajo de esta actitud, subyace toda una serie de cuestiones no resueltas de naturaleza semántica (cf. Dorel-Ferré [Dir.], 2004). Por lo tanto, antes de todo, es necesario ponerse de acuerdo con las palabras.

## I. ¿ARQUEOLOGÍA O PATRIMONIO INDUSTRIAL?

Se dice de los ingleses que fueron los primeros en interesarse por el patrimonio industrial. En realidad, fueron los suecos quienes, ya en la década de los años 30, se pusieron a proteger los sitios de la industria metalúrgica tradicional como los de Bergslagen, creando, antes que nadie, el concepto de museo al aire libre.<sup>2</sup> También es cierto que después de las destrucciones de la Segunda Guerra Mundial, los británicos imaginaron musealizar los sitios más emblemáticos en vez de reconstruirlos. Son ellos quienes propusieron el concepto de arqueología industrial, un concepto que ha sido intensamente discutido –y sin llegar a un consenso– durante numerosos encuentros internacionales, en particular los realizados bajo los auspicios del TICCIH.<sup>3</sup> A pesar de todo, la *arqueología industrial* enfatizó un método, análogo al de la arqueología clásica o antigua, pero también legitimó un nuevo contenido, el del período de industrialización, es decir, los últimos tres siglos de nuestra historia universal.

El estudio del entorno construido, o sea la arquitectura, concebida como la disciplina maestra, es un legado del Renacimiento y sigue siendo el criterio dominante. Pero el legado de la industria no puede reducirse a un estudio de sitios arquitectónicos, generalmente encargados para y por una minoría de gente rica y educada. Si la historia de la técnica es muy conocida, tenemos muy pocas consideraciones de tipo social. ¿Quiénes son los que construyeron los castillos y las iglesias?, ¿en qué condiciones laborales? De Versalles tenemos algunas frases escritas por la “exquisita” marquesa de Sévigné a su hija: “Se muere mucho entre los obreros de Versalles, a tal punto que se ha requisado la tropa. ¡Morir es su oficio!” ¡Es poco, para lo que fue la obra arquitectural de todo un reino!

Los franceses, fieles a una línea braudeliana de la “Historia total”, propusieron el concepto de *patrimonio industrial*. No se trataba simplemente de un nuevo término, como algunos afirmaron, sino de una visión completamente nueva: el patrimonio es lo que heredamos y constituye la riqueza que transmitimos a las generaciones futuras. Incluye el patrimonio

construido, pero también, de forma amplia, todos los archivos escritos o iconográficos, los testimonios orales, sin los cuales las huellas materiales no revelan todos sus misterios. Con la teoría del patrimonio industrial, la arqueología industrial se ha vuelto multidisciplinaria, con la presencia de historiadores, geógrafos, sociólogos y urbanistas, hasta convertirse en un tema de debate público.<sup>4</sup> Son frecuentes los debates sobre el inventario del patrimonio industrial; la elección de los elementos a salvaguardar y rehabilitar; la reutilización de los sitios para hacerlos utilizables y rentables. De manera general, diremos que después de muchas discusiones y debates, se acepta la idea que la arquitectura industrial (definida como la apariencia material de la era de la industria) es la traducción en volumen, materiales y formas de la producción; un acto humano, antes de todo, sobre el cual pesa la decisión industrial (desde el organigrama de la empresa), las condiciones de trabajo, el contexto social y cultural, etcétera. El patrimonio industrial es parte de esa “Historia total” que invocaban Marc Bloch y Lucien Febvre y que hubiera podido ser, como lo fue para Fernand Braudel, la ciencia histórica del futuro. El caso es que no hubo consenso. Los anglo-sajones quedaron firmes con el concepto de arqueología industrial, donde se sentían más a gusto.

En Cataluña no hemos tenido ninguna dificultad en valorar los establecimientos industriales de los que conocemos el arquitecto, como la Colònia Güell, de Gaudi, el Clot del Moro, de Guastavino o Casaramona –o Caixaforum–, obra de Puig i Cadafalch (Figura 1). Si efectivamente hallamos, como en estos casos, obras maestras de grandes autores, se distingue el patrimonio industrial del que es, generalmente, una obra colectiva, un *producto*. ¿Quién es el autor de una locomotora, de una seda bordada o de una máquina? Cuando se trata de sitios, máquinas o productos, el patrimonio industrial no se puede atribuir a una sola persona, sino a un grupo en el mejor de los casos. Otra diferencia es que, mientras los edificios aristocráticos dedicaban gran parte de sus espacios al ocio o la representación, el patrimonio industrial es sobre todo el testimonio funcional de una sociedad trabajadora, donde se distribuyen en espacios determinados las etapas del trabajo, los lugares de residencia, sitios culturales y religiosos.

Sólo recientemente se ha concedido el estatus de monumento (del latín *monere*, advertir, señalar) a algunos sitios emblemáticos del patrimonio industrial. Y entre estos “monumentos” cuya localización es interesante por su entorno, los que presentan un carácter estético o innovador, han sido recuperados y reconvertidos. Es el caso, en Francia, de la fábrica de chocolate Menier, donde el arquitecto Saulnier fue el primero, en 1860, en utilizar arquitectura metálica vista para construir el molino que lleva su nombre.<sup>5</sup> La fábrica Motte-Bossut de Roubaix ha sido rehabilitada para

servir como Centro de Archivos del Mundo del Trabajo.<sup>6</sup> En París, la Gare d'Orsay se ha convertido en un museo del siglo XIX a pesar de la polémica que siguió a su remodelación por parte de la arquitecta italiana Gae Aulenti.<sup>7</sup> Las reconversiones son la segunda vida de los grandes monumentos de la Historia, pero en ellas se pierde la dimensión histórica y la autenticidad de un edificio.

Pero conservar el patrimonio industrial no es únicamente salvaguardar tal o cual edificio espectacular, como las estaciones o las fábricas pintorescas que se integrarán más o menos bien en el futuro de la ciudad, representa mucho más: conservar fuentes de energía y máquinas, conservar pueblos obreros anclados cerca de la cantera, del río o de la mina que tenían que explotar, conservar colecciones de fotos y archivos, todo lo que pueda ayudar a entender una historia, no solamente un proceso.

Es también salvaguardar conjuntos significativos que escenifican las características de un monumento en relación con otros y su entorno. En algunos lugares se ha decidido conservar barrios, y a veces regiones enteras. Fue la política seguida por la UNESCO, últimamente, con el ejemplo de la cuenca minera del Norte de Francia;<sup>8</sup> es también la política urbana seguida por varias ciudades emblemáticas como Lowell en Nueva Inglaterra,<sup>9</sup> o la recuperación de los barrios industriales de Morozov, en Moscú (Figura 2).<sup>10</sup>

**Figura 1.** El centro cultural de Caixaforum en Barcelona.

Fuente: [<https://www.bcnatfilmcommission.com/es/location/caixaforum-barcelona>].



**Figura 2.** Las antiguas fábricas textiles Morozov, en Moscú.  
Fuente: archivo de la autora.



## II. CONCEPTOS EN REVISIÓN: INDUSTRIALIZACIÓN, DESINDUSTRIALIZACIÓN

¿Es necesario recordar que la industria es una realidad antigua, tan antigua como las sociedades humanizadas? La arqueología, cada vez más cuestionada en este sentido, aporta evidencias, ya sean con los sílex prehistóricos o los yacimientos de producción de cerámica (*terra sigillata*) de época romana.<sup>11</sup> Sabemos que localmente, en ciertos periodos y cuando el mercado lo exigía, aparecieron formas de producción industrial, es decir, con etapas diferenciadas de trabajo ejecutadas por especialistas y una comercialización no local. Han dejado su huella donde han explotado minas y canteras,<sup>12</sup> donde han establecido estructuras productivas de transformación y comercialización.

Los equipamientos energéticos, principalmente hidráulicos, también han dejado su huella. Tomando el ejemplo de los periodos modernos (siglos XVI-XVIII), de los que estamos mejor informados, las ciudades desarrollaron pequeños talleres metalúrgicos y textiles, a veces siguiendo estructuras de actividades domésticas, gracias a complejos desvíos de ríos (Ripoll, en Cataluña; Bolonia, en Italia; Louviers, en Francia).<sup>13</sup> Su número y su concentración, así como su actividad, nos prohíbe hablar de ellos como artesanos. Son industrias, mucho antes de los siglos de la industria.

Lo que llamamos “revolución industrial” corresponde a la invención de la fábrica, es decir un lugar dotado de una fuente de energía y de máquinas, aglutinando la mano de obra (los obreros) según unos horarios y unos espacios concretos, para una fabricación determinada. La fábrica de la era industrial va siempre acompañada con un reglamento, que describe las obligaciones del

obrero y –en caso de no cumplirlas– las penalidades. A lo largo del siglo XVIII, con el invento y perfeccionamiento de las máquinas de hilar, las fábricas con energía hidráulica trabajarán principalmente con el algodón que las colonias inglesas de América del Norte empiezan a producir y comercializar en Europa, a través de su metrópoli, Londres.

Del estudio de las fábricas surgen nuevas cuestiones, como las del medio ambiente y de un desarrollo sostenible.<sup>14</sup> No es una temática contemporánea. El pasado nos proporciona también ejemplos de concentraciones y paisajes industriales específicos, marcados por molestias e inconvenientes.<sup>15</sup> Cuando Colbert decidió establecer el nuevo puerto de Rochefort, en 1665 (Figura 3), unas 7.000 personas trabajaban para los astilleros y sus alrededores, lo que debe haber creado una fuerte concentración industrial, por no hablar de la multitud, el estruendo de todo tipo, los olores fuertes. Y lo mismo ocurriría en los otros grandes puertos del Atlántico y del Mediterráneo. ¡Pensemos en las descripciones dantescas de los arsenales de Venecia en el siglo XVIII que, según los contemporáneos, eran la antesala del infierno!

Otras regiones industriales, por hallarse en el campo, no iban a ser más tranquilas. Por ejemplo, las tierras altas, con una antigua industria metalúrgica, de Borgoña. Recorrida por los ríos donde se había asentado la industria, debieron resonar con el ruido incesante de las máquinas impulsadas por el agua, que lavaban y trituraban el mineral de hierro. La sucesión de fundiciones debió crear molestias que, a pesar de todo, estuvieron lejos de ser criticadas en su momento. Diderot, que nació cerca de Langres y cuyo yerno era un industrial local, o Voltaire, que vivió durante una docena de años en Cirey-sur-Blaise (Figura 4) como huésped de su amante, la marquesa de Châtelet, nunca lo mencionan. El castillo de Cirey dominaba un valle poco menos que poético que, gracias a sus actividades ruidosas y contaminantes, proporcionaba a la anfitriona la mayor parte de sus ingresos. Vivían entonces en estrecha simbiosis con la industria, antes de los siglos de la industria.

Es cierto, sin embargo, que la escala del proceso de industrialización y su intensidad han dejado una impresión duradera en la mente de la gente, ya que hablamos de la *revolución industrial*. Basta comparar los planos de una misma ciudad en diferentes épocas para ver cómo el crecimiento más reciente, a partir de la década de 1850, fue el más extenso. Es, por tanto, el legado más llamativo, si no el más engorroso. A partir del siglo XVIII la industrialización está presente en todo el continente euro-asiático, desde el Atlántico hasta el mar de Japón, y en el continente americano. Luego, todos los continentes serán afectados, a pesar de las importantes variantes locales. La sociedad presenta una verdadera unidad de civilización: uniformidad de las estructuras de producción, al principio con influencia inglesa, francesa o alemana, luego –en el siglo XX–, la influencia fordista norteamericana.



**Figura 3.** La Cordelería Real en Rochefort, Francia.

Fuente: [<https://www.infiniment-charentes.com/la-corderie-royale-de-rochefort-a-la-decouverte-des-secrets-de-la-marine/>].



**Figura 4.** El castillo de Cirey y su pueblo, Francia.

Fuente: [<https://collection-jfm.fr/p/cpsm-france-52-cirey-sur-blaise-chateau-208659>].





Tipos similares de emplazamientos industriales, en función de la fuente de energía, la proximidad a las vías de comunicación o las instalaciones portuarias; edificios públicos del mismo estilo, como teatros de ópera o estaciones de ferrocarril; entornos urbanos –plazas, fuentes, jardines públicos– de la misma inspiración. La transición al siglo XX no cambió radicalmente la perspectiva, al menos hasta la década de 1970. Por primera vez, una misma cultura, con sus éxitos y con sus taras, estaba presente en todas partes del mundo.<sup>16</sup>

Es probablemente en los interiores domésticos donde las analogías son más evidentes: el pequeño mueble con puertas de cristal donde se guardan libros y revistas; la mesa cubierta con un tapete y la inconfundible máquina de coser de la firma Singer o similar, que ocupa un lugar de honor en todos los hogares, desde la *isba* del obrero de los Urales hasta el salón de la reina de Portugal. Por supuesto, hay diferencias, peculiaridades. Pero con la distancia, nos llaman más la atención las similitudes y los puntos en común, que las fotografías han popularizado en todos los continentes.

Sin embargo, la fuerza de la expansión de la industria mundial, a lo largo de los siglos XVIII, XIX y parte del XX, no se puede comparar con la del movimiento arrasador que llevó al abandono de esta misma industria a partir de la década de 1970, lo que llamamos la *desindustrialización*. Afectó, en primer lugar, las regiones que durante mucho tiempo habían sido el símbolo mismo de la modernidad por su desarrollo minero, metalúrgico y textil. Privadas de la mayor parte de sus recursos, sin otra alternativa, poblaciones enteras fueron arrojadas al abandono total.

La cronología varía según la ubicación, empezando por las regiones más antiguamente desindustrializadas y acabando por las más recientes. La política del momento dio también sus colores y su magnitud al fenómeno, como por ejemplo en Rusia donde coincidieron (¿fue solo coincidencia?) la desindustrialización y el desmantelamiento de la Unión Soviética, pero en todas las regiones industrializadas se actuó de la misma manera: cerraron los altos hornos, las fábricas de gran tamaño como las industrias de consumo, alimentarias, de equipos y metalúrgicas, entre otras. Abandonadas, las fábricas, en pocos días, decayeron. Se destruyó mucho, también, durante los años 80 y 90, con el pretexto de borrar un pasado de servidumbre. En París, todo el cinturón de industrias de automóviles desapareció. Una ciudad como Bolton, cerca de Manchester, con sus importantes –a escala mundial– talleres textiles, vio desaparecer 4/5 de sus empresas en esos años. La sociedad industrial está desapareciendo, y le sucede otra sociedad, muy diferente, donde el carácter esencial es la no-producción de bienes de consumo, pero si su organización, su reparto, su recogida. Otro mundo, donde muy probablemente desaparezcan las clases medias nacidas de la industria.

Mientras tanto, generaciones que han vivido de la industria, para quienes la industria ha sido el marco y el universo, la están pasando muy duro. Con

solo visitar la mina de Alès, en el sur de Francia, y escuchar a los antiguos mineros, que comentan con amargura las circunstancias en que se decidieron los cierres, prematuros, según ellos, de los pozos de la mina, entendemos la honda herida dejada por la desindustrialización... Amplios horizontes sociales se ven afectados pero esta relación directa y afectiva se distiende a medida que pasa el tiempo y las generaciones se suceden. ¿Qué hacer cuando los testigos ya no están? Por lo tanto, se hace necesario el transmitir los recuerdos, esa herencia, todo ese pasado.

Llegados a este punto, sin embargo, también nos encontramos con otra dificultad: la imagen negativa de la industria que tiene la sociedad. No existe una “leyenda rosa” para la industria como la imagen positiva de la que se ha beneficiado el mundo rural. De hecho, el patrimonio industrial adolece de su “leyenda negra”, mantenida por la mayoría de los escritores desde los primeros días de la industrialización. El marcado entusiasmo por la tecnología y la fe en el progreso fue terriblemente refutado con la Primera Guerra Mundial. De las sombras proyectadas por las fábricas y laboratorios emergen algunas raras figuras benéficas como la de Pasteur o las genialidades de Edison. Varias veces, en su obra, el fecundo Jules Verne había cuestionado el progreso, cuando éste no tiene como finalidad el bienestar de todos.<sup>17</sup>

Además, la creciente desconfianza hacia la tecnología fue acompañada de la desaparición paulatina de los rastros visibles de las actividades manuales en nuestro entorno familiar y cotidiano. En el pasado, era común ver –en el barrio o en el pueblo– herreros, carpinteros, fabricantes de clavos, de zuecos, e innumerables pequeños artesanos involucrados en la producción y reparación. Hasta hace poco, el único que seguía trabajando con una panoplia de herramientas era el mecánico, e incluso lo hacía lejos de las miradas indiscretas. El patrimonio técnico –al menos el anterior a la década de 1960– tenía la ventaja de ser comprensible para muchos, de forma casi inmediata, sin la ayuda de un bagaje cultural previo, como es el caso de quien quiere entender una catedral gótica o un cuadro de El Greco. Hoy día, con la introducción de la electrónica y la informática en los coches, estos mecánicos ya son una especie en vía de extinción.

### III. DE LUGARES EN DESUSO A RESERVAS PATRIMONIALES

El patrimonio industrial, para serlo, no basta con que exista: debe ser considerado como tal. Es nuestra mirada la que define el patrimonio, la que atribuye ese valor a un vestigio, lo que presupone que tengamos en mente claramente las razones para identificarlo como tal. Por lo tanto, tenemos que establecer escalas de valores, prioridades y modos de acción. ¡No es fácil! Prueba de ello son las situaciones recientes en Francia: el abandono de Saint

Gobain (Figura 5), la exclusión de Noisiel para las familias de los antiguos obreros y la parodia del patrimonio de las ciudades del norte, definitivamente congeladas dentro de un pasado minero de conveniencias.

La multinacional que todavía se conoce como Saint Gobain, nació en el siglo XVII en una selva que lleva ese nombre, en los límites de la región de París y Picardía. Sin repasar la historia de la empresa y del sitio, hay que recordar que no solo fue una de las manufacturas de privilegio real más reconocidas, sino también el lugar donde las innovaciones tecnológicas permitieron que Saint Gobain se convirtiera gradualmente en la gran multinacional que conocemos. De hecho, fue en Saint Gobain, en la fábrica instalada sobre las ruinas del antiguo castillo de los condes de Coucy, donde se inventó la fundición de vidrio sobre una mesa de metal en el siglo XVIII y el horno de vidrio de combustión continua en la segunda mitad del siglo XX.

Desde el principio, el sitio se consideró inadecuado. Había sido elegido por su espacio y por los recursos de leña, todos cada vez más importantes. La decisión de abandonar el sitio homónimo se produjo muy tarde, en el siglo XX, pero resultó en un abandono total, dejándolo en manos del municipio para encontrar nuevos usos. La ciudad, de tamaño modesto, mera reserva de mano de obra para la compañía desde la abolición de los privilegios y la Ley Le Chapelier,<sup>18</sup> obviamente no podía sostener este enorme sitio y, lo que es más, altamente contaminado. Por lo tanto, no hay nada que nos recuerde los más de tres siglos de historia industrial en Saint Gobain, y esto a pesar de los notables restos que podrían haber sido utilizados incluso para una sencilla evocación de esta gran empresa: la entrada monumental del arquitecto Soufflot o sus alumnos (siglo XVIII); el antiguo molino, que se utilizaba como capilla y que podría haber albergado una exposición permanente; las casas de los obreros que datan del siglo XVII, que se conservan de la destrucción de la década de 1970; el pabellón del siglo XVIII, que durante mucho tiempo albergó oficinas, en fin, todo esto sigue en pie, pero ha perdido su identidad. Dentro de unas décadas, ya no habrá trabajadores que den testimonio de las últimas horas del histórico Saint Gobain, que se irá hundiendo en el silencio del olvido.

En Noisiel, la situación es muy diferente (Valentin, 1994). La antigua fábrica de chocolate Menier (Figura 6), donde el arquitecto Saulnier había experimentado con la primera arquitectura metálica visible, tratada de manera estética, había atravesado varios destinos. A finales de la década de 1970, el sitio fue abandonado y amenazaba su destrucción. El juego de las compras de empresas lo puso en las manos del grupo Nestlé France, que en ese momento tenía su sede en La Défense, al oeste de París, y que buscaba un sitio para mudarse. El entusiasmo del CEO por la planta de Noisiel fue decisivo. El sitio, clasificado como monumento histórico, recibió una restauración ejemplar

por parte del estudio de arquitectura Philippe Robert y Bernard Reichen, especializados en la restauración del patrimonio industrial (Pélissier, 1993).

**Figura 5.** La entrada de la antigua manufactura de Saint Gobain, Francia.

Fuente: [<https://tourdetravoy.wordpress.com/2015/10/08/the-worlds-first-gigafactory-where-wild-boar-now-roam/>].



**Figura 6.** La chocolatería Menier, cerca de París, Francia.

Fuente: Myrabella / Wikimedia Commons, CC BY-SA 3.0, [<https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=22147213>].



Sin embargo, la fábrica formaba parte de un complejo mucho más grande, que incluía la antigua ciudad obrera de Menier, y varios otros edificios de equipos, lo que hizo de Noisiel un ejemplo perfecto del paternalismo de finales del siglo XIX. Una de las demandas de la comunidad del pueblo era mantener el contacto con el lugar, a través de la libre circulación e incluso el uso de ciertos edificios. No pudo ser. La empresa argumentó que el espacio de trabajo corría el riesgo de verse interrumpido por incesantes idas y vueltas. El hecho es que el sitio ha sido confiscado a quienes legítimamente reclamaron un “derecho de visita”. Una vez más se plantea el problema de la memoria del trabajo. A fuerza de ver un hermoso edificio, cuyas bellezas arquitectónicas han sido resaltadas, cortado de raíz, quién pensará que el “molino”, hoy despacho del presidente del grupo, era un lugar de trabajo; que la “catedral”, otro lugar de producción llamado así por sus proporciones, no estaba diseñada para recepciones, etcétera. El edificio se salvó de la destrucción, no del olvido.<sup>19</sup>

Los proyectos de rehabilitación en las principales ciudades del norte, Lille, Tourcoing y Roubaix, se citan a menudo como ejemplos. Ya en la década de 1970, cuando los testimonios del período industrial estaban siendo destruidos por todas partes, la ciudad de Lille había hecho un razonamiento diferente. Las fábricas abandonadas en las afueras de la ciudad estaban ahora, debido al crecimiento urbano, cerca de la estación. Se decidió rehabilitarlos en varias etapas y transformarlos en viviendas, oficinas, estacionamientos, supermercados, etcétera. Los arquitectos Reichen y Robert llevaron a cabo una prestigiosa operación con la antigua fábrica de hilados Le Blan, que convirtieron en un complejo de viviendas, espacios culturales (biblioteca, residencias de artistas) y sociales (guarderías). Entre las ideas que presidieron estas elecciones, la de mantener la fisonomía urbana y su identidad imperó; pero también la constatación de que la destrucción de estos edificios de buena calidad tenía un coste que podía evitarse.

A pesar de los resultados a veces contradictorios,<sup>20</sup> el ejemplo de Lille fue ampliamente comentado y seguido, como fue el caso de la ciudad de Roubaix. Creyendo acertadamente que el desarrollo de los centros urbanos requiere la reurbanización de terrenos baldíos, este municipio propuso el concepto de *reservas patrimoniales*, una visión más positiva y prometedora que el antiguo concepto de desuso industrial, que era claramente negativo. A esto le siguió toda una serie de rehabilitaciones de sitios antiguos, a menudo muy degradados, y en las llamadas zonas difíciles, que se transformaron en viviendas, diversas instalaciones y lugares de ocio. Entre ellas se encuentra la emblemática Piscina de los años 30, que se ha convertido en un magnífico y apasionante museo de bellas artes.

Sin embargo, a pesar de estos notables esfuerzos por hacer desaparecer los terrenos baldíos y otros lugares abandonados, la memoria no encuentra su camino en ellos. Una vez más, estamos en presencia de obras de



embellecimiento, operaciones urbanísticas, en las que el pasado simplemente se borra o sirve de pretexto pintoresco. Si nos fijamos en otros países de Europa, el panorama no es diferente.

Por ejemplo, la recuperación de los muelles de Londres, llevada a cabo en los años 70. Este es uno de los primeros casos de reutilización de espacios en desuso, y el viaje en barco por el estuario del Támesis ha sido durante mucho tiempo el circuito obligatorio de cualquier intelectual digno de tal. Pero los resultados también contrastan. La espectacular rehabilitación de barrios enteros en ruinas ha dado lugar a la creación de numerosas unidades residenciales, oficinas y locales comerciales. De hecho, algunos de estos espacios, como la antigua fábrica de tabacos, no han cumplido las funciones previstas, y muchos edificios permanecen vacíos. La restauración del Dock Albert de Liverpool es más interesante (Figura 7), y más ambicioso, con su museo de la esclavitud que vale la pena visitar.

Entre los sitios de los que más se habla, el Lingotto de Turín presenta un problema interesante. Testigo grandioso de los esfuerzos de los industriales por adaptar los principios del fordismo a su empresa, el Lingotto de Fiat es una prestigiosa construcción de la década de 1920, hecha de hormigón armado, de cinco pisos alrededor de patios centrales, rematada por una pista de pruebas para prototipos de automóviles. Le Corbusier confesó su admiración por este edificio, que era tanto un programa como un reto. Cerrado en 1982, lo querían destruir. Los argumentos fueron su lejanía del centro de la ciudad y su actual integración en un barrio conflictivo. Con el tiempo, se conservó y su restauración —a cargo de Enzo Piano— entró en funcionamiento desde finales de los años 90. Hoy en día, es un edificio multifuncional, que incluye espacios culturales (salas de conferencias y exposiciones, biblioteca, teatro), pero también una universidad politécnica, un gran hotel, oficinas y locales comerciales. A todas luces, se trata de una hermosa restauración del sitio, una reutilización original, pero solo la rampa del techo es un recordatorio de su antigua función.

Todos estos ejemplos parecen ilustrar el hecho de que el patrimonio industrial no resiste la presión de este nuevo concepto de ciudad, de la terciarización, y que no se interesa por su pasado industrial. Las empresas inmobiliarias no hacen más que reflejar esta tendencia. Sólo unas pocas ciudades para las que el pasado industrial es la razón de ser y cuyo patrimonio no compite con otras más atractivas para el gran público, prestan atención al pasado industrial. Esta es la postura adoptada recientemente por Manchester, al igual que la ciudad de Lodz, en Polonia, que ha decidido jugar al máximo la carta del patrimonio industrial.

El hecho es que todos estos logros, más o menos exitosos, plantean problemas formidables: ¿qué patrimonio se conserva y transmite de esta manera? En los ejemplos que hemos presentado, la arquitectura industrial

es retomada y reinterpretada. El sentido original se pierde, hasta el punto de que en algunos casos el arreglo adoptado contribuye poderosamente a la amnesia general. Si, la mayoría de las veces, se han conservado formas y volúmenes, es menos por fidelidad que por gusto por lo pintoresco. La mayoría de las veces no hay nada que nos recuerde la antigua función del edificio. En cuanto al patrimonio inmaterial del que habla la UNESCO, el de los saberes, las representaciones sociales, las formas de vida, está totalmente oscurecido. Algunos eco-museos han tomado decididamente el camino de la restitución social y de la evocación más contrastada y fiel de la memoria del trabajo. Pero las grandes ciudades están lejos de adoptar este enfoque. Los logros más conmovedores se encuentran actualmente en las ciudades secundarias. El caso de la ciudad sueca de Norrköping nos da un ejemplo más optimista (Figura 8). Nacida de las industrias textil y papelera, la ciudad ha apostado por poner en valor el patrimonio al que debía su identidad. Una gran operación de rehabilitación del centro ha llevado a la creación, alrededor del puerto viejo, de un centro universitario, un centro de telecomunicaciones, varios museos –incluido uno del trabajo–, un parque ecológico y científico y otro tipo de edificios como centros de congresos, polígonos industriales, viviendas y oficinas. Todo ello respetando la fisonomía del lugar y la memoria de los trabajadores. La política de comunicación se basa en el tema del patrimonio industrial y su riqueza.

**Figura 7.** El dique Albert, en Liverpool, Inglaterra.  
Fuente: archivo de la autora.



**Figura 8.** La ciudad de Norrköping, Suecia.

Fuente: archivo de la autora.



Sólo unos pocos estudios sociológicos recuerdan el contexto en el que evolucionaron ciertas ramas de trabajadores en las ciudades (Gérôme, 1992; Gérôme [Dir.], 1995; Rustenholz, 2003). París ha perdido por completo la memoria de la solidaridad obrera que se expresó a finales del siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, que se refleja un poco en algunas películas realizadas durante las últimas décadas de este período.<sup>22</sup> De hecho, parece que el patrimonio industrial no tiene ninguna posibilidad de sostenerse tan pronto como la competencia inmobiliaria se haga sentir.

#### IV. EPÍLOGO

El patrimonio industrial, sin embargo, más que cualquier otra forma de expresión legada por el pasado, es nuestro denominador común. Tenemos una doble responsabilidad: transmitir lo que hemos recibido, pero también poner en perspectiva lo que nos conecta. La concienciación es necesaria a través de la acción educativa y las acciones de cara al público. Se trata de un gran reto para los ciudadanos del mañana, ya que debemos combinar la puesta en valor de lugares del trabajo con la relación fiel de las relaciones de trabajo de las cuales fueron el marco. Hoy día apenas empiezan estudios sobre el patrimonio industrial de las ex colonias en África y Asia. Además, la expansión industrial

de Europa y Estados Unidos no se entiende sin las políticas exportadoras de talleres como el de Eiffel que construyó para el mundo entero estaciones de ferrocarril, como también sin las políticas conquistadoras de grandes empresas europeas como Fives-Cail, que construyó ferrocarriles para la América del Sur, y en particular, Argentina. Estas empresas contribuyeron a la difusión y la internacionalización de la cultura industrial. Esta parecía como el gigante de pies de barro de la leyenda al descansar, por un lado, sobre una energía abundante y barata (carbón y después petróleo) y, por otro, sobre una mano de obra inagotable. Su legado, no obstante, ¿merece ser salvado? Si, y por varias razones. Por su ubicuidad, por su difusión en todas las capas de la sociedad, por sus expresiones artísticas y su producción literaria, por su promoción de la cultura, que nunca fue tan valorada y estudiada. Y un largo “etcétera” que llenaría hojas enteras.

El patrimonio industrial es una página de la historia universal donde, hasta ahora, hemos notado algunos apuntes, pero que queda por escribir en su totalidad. La síntesis no será nada fácil, pero valdría la pena porque sería entender, al fin, nuestra historia contemporánea. Siempre que, por supuesto, su legado no se haya disipado en el interin.

## NOTAS

- <sup>1</sup> Ver el Dossier “La Barcelona industrial. Un patrimoni vergonyant?”, en *L’Avenç* (nº 288, de febrero de 2004); la expresión pertenece a Joan Roca y a partir de la cual continuamos la reflexión.
- <sup>2</sup> El museo al aire libre existía antes, como lugar donde se agrupaban y protegían elementos del paisaje rural. Los suecos iniciaron el movimiento de los pueblos rurales hechos con casas desmontadas que se podían visitar y estudiar.
- <sup>3</sup> Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial. Fundada en 1978, es consultora de la UNESCO en el ámbito del patrimonio industrial, en particular para la elaboración de nóminas de sitios que deben inscribirse en la Lista del Patrimonio Mundial.
- <sup>4</sup> En Francia, el periodista Emmanuel de Roux ha hecho mucho por la difusión del patrimonio industrial, tanto en sus artículos en el diario *Le Monde*, como en el libro que firmó junto con el fotógrafo Georges Fessy. *Las Editions du Patrimoine*, publicado en 2001, presentan en su catálogo numerosos títulos relativos al patrimonio industrial en Francia, muy interesantes tanto por su contenido como por su metodología.
- <sup>5</sup> Noisiel, cerca de Marne-la-Vallée, al este de París, ha sido objeto de una restauración ejemplar, después de que el presidente y CEO de Nestlé-Francia decidiera establecer allí las oficinas centrales del grupo.

- <sup>6</sup> El edificio ha sido restaurado con mucho respeto, en lo que respecta al exterior, que tenía grandes cualidades arquitectónicas, pero el interior ha sido completamente reinterpretado para albergar los archivos, pero también para crear una enorme sala de recepción que no tiene mucho éxito.
- <sup>7</sup> Construida a principios del siglo XX, la Gare d'Orsay se utilizó durante unos treinta años y luego se abandonó. Su inauguración como museo decimonónico en 1981 fue el punto de partida de toda una revisión de las ideas que prevalecían durante ese periodo. Toda la reflexión sobre el patrimonio data de ese momento y de la política cultural emprendida por el museo en sus inicios.
- <sup>8</sup> En 2012 se inscribió toda la cuenca minera del Norte de Francia en la lista del Patrimonio mundial (ver página de la UNESCO en línea).
- <sup>9</sup> El dilema era distribuir el presupuesto a todas las ciudades textiles de Nova Inglaterra o concentrar los medios disponibles sobre una sola ciudad, que, además, podría convertirse en un centro de nuevas tecnologías; finalmente se escogió Lowell.
- <sup>10</sup> El inmenso barrio textil de los Morozov, frente a la casa de Tolstoi, fue reconvertido en un sitio con alojamientos, lugares de ocio, antena universitaria, etcétera.
- <sup>11</sup> Respecto a la cerámica y su producción cuasi industrial, mencionemos la parte que el museo de Millau (Francia) ha dedicado al yacimiento de la Graufesenque.
- <sup>12</sup> Estos rastros pueden ser muy diversos; ver, por ejemplo, Dorel-Ferré (2000), donde destaca el vínculo entre las capillas románicas y las entradas de las minas en el Pirineo del norte de Cataluña.
- <sup>13</sup> Las tres ciudades mencionadas tienen un uso similar del agua, lo que podría destacarse mediante un estudio comparativo. Con respecto a Bolonia, se puede remitir al lector a toda la labor realizada por el Museo del Patrimonio Industrial de Bolonia; para Louviers, véase Chaplain (1984).
- <sup>14</sup> Estas son las obras actuales de André Guillerme, del Centre d'Histoire des techniques del Conservatoire des Arts et Métiers de París (ver, en particular, Guillerme et al., 2005).
- <sup>15</sup> Esta idea fue desarrollada por Delsalle (1998).
- <sup>16</sup> Esta comunidad de cultura se ve de forma impresionante en el museo de la habitación obrera, *Amuri*, en Tempere (Finlandia). Hoy día, si el modelo de cultura industrial "occidental" es el que siguen las jóvenes sociedades modernas de China, a pesar de la fuerza y el arraigo de su cultura tradicional, no es exactamente el modelo europeo, sino el que celebra las clases medias, elaborado por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.
- <sup>17</sup> Ver, por ejemplo, sus últimas obras recogidas en el volumen *Hier pour demain* (Paris, Hachette, 1967).
- <sup>18</sup> Antes de 1789, la ciudad de Saint Gobain gozaba de privilegios, en particular para explotar la madera del bosque. Los conflictos que tuvo con la fábrica se relatan en Hamon et Perrin (1993). La ciudad perdió sus privilegios con la abolición del



4 de agosto de 1789 y, además, la ley Le Chapelier prohibió las asociaciones. Se convirtió en la reserva de mano de obra para la fábrica durante todo el siglo XIX.

- <sup>19</sup> Desde que se escribieron estas líneas, el sitio de Noisiel ha cambiado de inquilinos, pero no por esto la gente de la “cité” tiene mejor acceso.
- <sup>20</sup> La nueva “fábrica” de Le Blan ha tenido problemas para integrarse al barrio, que en cierto modo le da la espalda. Al igual que en Noisiel, donde a los empleados les resultaba difícil salir del animado barrio de La Défense hacia esta “jaula de oro” perdida en el campo.
- <sup>21</sup> El de Fourmies, la ciudad del Primero de Mayo de 1891, donde el eco-museo está dedicado a la historia textil y a la vida de la clase trabajadora; ver el sitio web: [www.musenor.com/gm/gmfourmies.htm].
- <sup>22</sup> Todo un campo que queda por explorar: películas de época, también películas corporativas, rodadas en los años 30. Hace algunos años una exposición sobre la familia Schneider en el Museo de Orsay mostró una serie de películas rodadas, entre las dos guerras mundiales, en Le Creusot. Este tema ha sido retomado, extendiéndolo a todas las producciones artísticas relacionadas con la industria. Ha dado lugar a simposios, exposiciones y diversas publicaciones, entre ellas, Pierrot et Woronoff [Eds.] (2002) y Woronoff (2003).

## BIBLIOGRAFÍA

- CHAPLAIN, Jean-Michel (1984): *La chambre des tisseurs. Louviers: cité drapière (1680-1840)*, Seyssel, Editions Champ Vallon.
- DELSALLE, Paul (1998): “Paisaje industrial y región industrial en Europa en los siglos XVI, XVII y XVIII”, *Historia Industrial*, 14, pp. 173-187.
- DOREL-FERRÉ, Gracia (1997): “La industria minera en los Pirineos Orientales, un patrimonio a revaloriza”. Ponencia presentada en la 10ª Conferencia Internacional, TICCIH.
- DOREL-FERRÉ, Gracia [Dir.] (2004): *Habiter l’industrie, hier, aujourd’hui, demain*, Reims, Cahier 4 l’APIC.
- GÉRÔME, Noëlle (1992): *SNECMA, les moteurs de la banlieue*, Paris, Scandéditions.
- GÉRÔME, Noëlle [Dir.] (1995): *Archives sensibles. Images et objets du monde industriel et ouvrier*, Cachan, Éditions de l’Ens-Cachan.
- GUILLERME, André; LEFORT, Anne-Cécile et JIGAUDON, Gérard (2005): *Dangereux, insalubres et incommodes: Paysages industriels en banlieue parisienne, XIXe-XXe siècles*, Editions Champ Vallon.
- HAMON, Maurice et PERRIN, Dominique (1993): *Au cœur du 18e siècle industriel. Condition ouvrière et tradition villageoise à Saint-Gobain*, Editions P.A.U.

PÉLISSIER, Alain (1993): *Reichen y Robert*, Le Moniteur.

PIERROT, Nicolas et WORONOFF, Denis [Eds.] (2002): *Les images de l'industrie de 1850 à nos jours*, Paris, Comité pour l'histoire économique et financière de la France.

RUSTENHOLZ, Alain (2003): *Paris ouvrier: Des sublimes aux camarades*, Paris, Parigramme.

VALENTIN, Marc (1994): *Noisiel, la chocolaterie Menier, Seine-et-Marne*, Paris, Editions du Patrimoine.

VERNE, Jules (1967): *Hier pour Demain*, Paris, Hachette.

WORONOFF, Denis (2003): *La France industrielle. Gens des ateliers et des usines (1890-1950)*, Paris, Éditions du Chêne.